

no respetaba ni las leyes divinas ni las humanas (1). Acabábase de ejecutar al famoso Mandrin; los parisienses compusieron una cancion sobre el rey de Prusia, en que le comparaban á un contrabandista; se le llamó el *Mandrin coronado* (2). La invasion de la Sajonia, sin declaracion de guerra, en plena paz, era una buena fortuna para sus enemigos. Daba una apariencia de legitimidad á la intervencion de la Francia y de la Suecia: ¿no eran garantes de la paz de Westfalia? ¿y no habia violado Federico tanto aquella paz como el derecho de gentes invadiendo un Estado del imperio? El rey de Prusia no lo creyó así, y la posteridad es de su opinion. Sabemos cuáles eran los designios de la coaliccion: léjos de tender á conservar la paz de Westfalia hubiera producido su destruccion.

Si á los ojos de los coaligados Federico era un *Mandrin*, por su parte el rey acusaba á sus enemigos de piratería. Dejemos la palabra al héroe de la guerra de los Siete años. En medio de los horrores de aquella sangrienta lucha, escribió folletos para levantar la opinion pública contra sus adversarios. Se lee en la *Carta de un suizo á un noble veneciano*: «Si se conviene en que *Cartouche* y su cuadrilla han sido muertos inocentemente, podria igualmente excusarse la accion de vuestros políticos, que quieren repartirse entre sí los Estados de un príncipe que excitan su codicia y su envidia. Pero si es verdad, como no dudaráis, que la justicia debia hacer ejecutar á *Cartouche* y sus compañeros, para impedir las muertes y los robos, os veréis obligados á confesar que los que, ocupando posiciones ilustres cometen el mismo crimen, merecen el mismo castigo. Que sea una asociacion de bandoleros oscuros que cometen algunas muertes y despojan á unos cuantos particulares, ó que sea una alianza adornada con los nombres más augustos, cuyo objeto es devastar á la Europa por medio de la guerra para despojar á un príncipe que no tiene más aliados que sus propias fuerzas, ¿no es una misma cosa? Si hay alguna diferencia es que, siendo de mayores consecuencias la accion de los políticos, es más

(1) Carta circular de la córte de Francia á sus ministros en las córtes extrangeras. (*Vida privada de Luis XV*, t. III, p. 142.)

(2) CAPEFIGUE copia la cancion, *Luis XV*, c. 33.—C. BARBIEE, *Diario*, t. IV, p. 158.

atroz por las desgracias y las calamidades, que no caen ya sobre algunos individuos ó sobre algunas familias, sino sobre pueblos ó naciones enteras» (1).

Es decir que Federico II, segun los Franceses, era un *Mandrin* y merecia la horca; y segun el rey de Prusia, Luis XV y María Teresa, con todos sus aliados, eran dignos de la rueda, lo mismo que *Cartouche* y su cuadrilla. Puesto que los príncipes se llaman entre sí bandoleros, ¿por qué no ha de decir la historia que todos tenian razon? Puede excusarse la invasion de la Sajonia, ¿pero qué decir de la conquista de la Silesia? ¿No es ésta una hazaña que bajo el punto de vista de la moral debe colocarse á nivel de las de *Mandrin*? En cuanto á los proyectos de los coaligados, ¿no tenía razon Federico en calificarlos de bandolerismo? ¿Qué derecho tenía Luis XV á repartir la Prusia? María Teresa podia, con razon, reivindicar la Silesia, pero ¿con qué derecho queria aniquilar la monarquía prusiana? ¿Preguntaríamos cuál era el derecho de la Rusia, de la Suecia y de aquella turba de príncipes alemanes que se vendieron á sí y á sus súbditos á la Francia? Y si se prescinde del derecho para considerar el interes, entónces, ciertamente, es hacer poco favor á los *Mandrin* y á los *Cartouche* el compararlos con los soberanos coaligados contra el rey de Prusia. Los bandidos saben al ménos por qué roban y matan, al paso que sería muy difícil explicar el interes de la Francia, de la Rusia y de los príncipes alemanes en la guerra de los Siete años. Sería preciso confesar que los unos obraban sin ton ni són, y los demas al revés del sentido comun. Hemos apreciado la política de la Francia y la conducta de los príncipes del imperio. Nos falta ahora preguntar á la czarina de Rusia por qué derramó la sangre de sus pueblos en las espantosas carnicerías de la guerra de los Siete años.

§ IV.—La Rusia.

La Rusia desempeñó un papel importante en la guerra de los Siete años. La alianza de la czarina con la emperatriz reina fué la

(1) *Obras de FEDERICO*, t. XV, p. 136.

causa de que Federico rompiera las hostilidades. Por grande que fuese la animosidad de María Teresa contra el rey de Prusia, no se hubiera comprometido en la guerra de los Siete años si la Rusia hubiese permanecido fiel á su alianza con Inglaterra. Puede, pues, afirmarse que la intervencion de la Rusia hizo algo más que precipitar la lucha, la provocó. La Rusia fué tambien quien hizo correr á la Prusia los mayores peligros; más de una vez estuvo en la mano de los generales rusos el anular al héroe prusiano. En el momento mismo en que la ruina de Federico parecia inevitable, la Rusia se retiró de la alianza; hizo más, unió sus armas á las de la Prusia. Este cambio de política salvó á Federico mucho más que su heroísmo. ¿Cuáles fueron las razones por qué se decidió la czarina Isabel en pro de María Teresa? ¿Cómo explicarse la conducta de los generales rusos, que parecieron muchas veces indulgentes con el enemigo que tenían la mision de combatir? ¿Por qué Pedro III desde su advenimiento abandonó la alianza austriaca para hacerse el aliado íntimo de Federico, cuando estaba en su mano el completar su ruina? La Rusia intervino en la guerra de los Siete años sin sombra de razon. Cuando se retiró de la lucha, fué igualmente á consecuencia de un acontecimiento accidental, la muerte. No se trata, pues, ni de derecho, ni aún de interes político. Los antiguos hubieran dicho: es la fatalidad, es el destino. Nosotros no creemos en el acaso ciego; nosotros vemos y adoramos la Providencia, aún donde no alcanza nuestra inteligencia. Mirado bajo este punto de vista, el papel de la Rusia en la guerra de los Siete años es uno de los espectáculos más interesantes. Si los pueblos parecen en ella víctimas de los odios, en cambio la mano de Dios, que dirige su destino, nos reconcilia con nuestra suerte, dándonos la seguridad de un porvenir mejor.

Cuando Federico invadió la Sajonia, la emperatriz Isabel acababa de celebrar con Inglaterra un tratado por el cual se obligaba á facilitarle un cuerpo auxiliar de 55.000 hombres en caso de guerra, y principalmente si el Hanover se viese atacado. Federico, aliado de Inglaterra, debía contar con el apoyo de la Rusia. Pero la czarina, cambiando súbitamente de alianza, abandonó á los Ingleses y se unió á María Teresa contra el rey de Prusia. En vano se pregunta por la razon política de este cambio. No habia otra

que el odio de Isabel á Federico. La czarina llevaba una vida capulosa que no se tomaba el trabajo de ocultar. Federico tenía la manía del ingenio, nadie se libraba de sus picantes chistes, ni las testas coronadas, ni aquellos á quienes llamaba sus amigos; no moderaba sus palabras, y llamaba á la emperatriz una ramera y á la Pompadour una prostituta (1). Este lenguaje, poco diplomático, fué conocido en San Petersburgo gracias á María Teresa. De aquí la cólera implacable de la emperatriz. ¡De suerte que las galanterías públicas de Isabel, criticadas en Potsdam, precipitaron á la Europa en una guerra de siete años!

El odio de la czarina se manifiesta en los tratados que hizo con María Teresa. Se habla en ellos de Federico en términos que parecen tomados de alguna citacion judicial contra Mandrin ó Cartouche. Isabel le acusa de ser el perturbador de la tranquilidad pública, de haber empezado una guerra injusta y de desolar á la Alemania con sus crueles violencias, únicamente por satisfacer una ambicion que no conocia límites ni leyes. Las dos emperatrices se proponen hacer entrar en razon al rey de Prusia. Esto quiere decir que los augustos aliados trataban de despojar á Federico de sus Estados. Es verdad que la czarina se vanagloria de su generosidad. A darle crédito, intervino por un puro sentimiento de justicia y de humanidad, por libertar á la Alemania del azote que la ensangrentaba. Pero los tratados nos manifiestan cuál era el precio de esta generosidad: nada ménos que el reino de Prusia; la emperatriz se reservaba el cambiar la Prusia por una parte de la Polonia. Se ve que no sin razon se quejó Choiseul de la codicia rusa (2).

Isabel murió en el momento en que Federico iba á ser aniquilado por sus enemigos. Su único aliado, la Inglaterra, le habia abandonado; se hallaba sin recursos. La muerte de la czarina fué un golpe teatral. Apénas subió al trono su sucesor Pedro III, mandó que se suspendiesen las hostilidades entre los ejércitos ruso y prusiano. Poco despues fué firmada la paz y celebrada una estrecha alianza entre el emperador de Rusia y el rey de

(1) THIÉBAULT, *Recuerdos de Berlin*, t. IV, p. 250.

(2) EL CONDE DE GARDEN, *Historia de los tratados*, t. IV, p. 380, 390.—FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. VI, p. 209.

Prusia; el ejército que había estado á punto de aniquilar á Federico recibió orden de unir sus banderas á las águilas de Prusia. ¿Preguntaríamos qué razones indujeron al czar á abrazar el partido de Federico? Eran exclusivamente personales, lo mismo que los motivos que habían hecho entrar á la czarina en la coalición contra el héroe prusiano. Esta alimentaba un odio ciego hácia el rey de Prusia. Pedro III profesaba por el grande hombre una admiración igualmente ciega. Las pasiones en aquel desgraciado príncipe tenían algo de manía, áun en lo que tenían de laudable. En medio de los furiosos de la guerra de los Siete años, el príncipe heredero de Rusia tomaba el partido de Federico; decía, á quien quería oírlo, que era imposible que los Rusos vencieran al ejército prusiano. Hecho emperador, se enorgullecía con el grado de teniente general que le concedió Federico, en reconocimiento de los conocimientos militares que el czar había manifestado en sus cartas. El czar no tenía más que un temor, que el rey le retirase su regimiento. Dijo al embajador de Prusia que estaba pronto á hacer la guerra al infierno, bajo las órdenes de su señor (1). Federico II exalta al emperador de Rusia, y en realidad hay algo de caballeresco en su conducta. Aun retirándose de la coalición, hubiera podido conservar el ducado de Prusia que ocupaba, y que le garantizaban los tratados con Austria. « Resultó, dice Federico, que Pedro tenía sentimientos más elevados de los que ordinariamente se encuentran en los soberanos. El czar no exigió del rey cesion alguna, por más que estuviese autorizado para hacerlo; apresuró la negociacion de la paz, y no pidió por toda compensacion más que la amistad del rey. Un procedimiento tan noble, tan generoso, tan poco comun, no solamente debe ser transmitido á la posteridad, sino que debería ser grabado en letras de oro en los gabinetes de todos los reyes » (2).

El culto que el czar Pedro profesaba por el héroe prusiano, es seguramente un sentimiento más laudable que el odio que le tenía la czarina Isabel. Pero si se deja á los príncipes á un lado, para

(1) HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. v, p. 235, 258, 278.

(2) FEDERICO II, *Historia de la guerra de los Siete años*, c. 15. (Obras, t. v, p. 156.)

considerar los derechos y los intereses de los pueblos, la prusomanía del uno debe ser condenada del mismo modo que la prusofobia de la otra. No hay espectáculo más triste que el de una nacion entregada al capricho del poder absoluto. La monarquía ejercía una funesta influencia sobre la política, áun en los Estados civilizados en que el despotismo se hallaba suavizado por las costumbres. ¿Qué será en una corte bárbara en donde los malos instintos no encuentran freno alguno? Sigamos por un instante las intrigas que se agitaban al rededor de la czarina Isabel. El canceller Bestuscheff celebró la alianza de la Rusia con el Austria. Esto era faltar á los compromisos que acababa de contraer con Inglaterra. El embajador inglés se quejó; en una corte tan versátil no desesperó de volver á recobrar su ascendiente. Tenía argumentos completamente irresistibles. A las primeras ofertas que hizo al canceller, éste respondió que era algo tarde, pero en último término, las guineas le tentaban y no se negó. El embajador ofreció más; á medida que llegaban las guineas, la pasión de Bestuscheff por Federico iba creciendo: acabó por exclamar que era completamente suyo. ¡Hé aquí una escena de las interioridades de los gobiernos despóticos! Esta brutal corrupcion subleva el alma de disgusto. Hé aquí otra escena que al ménos es más divertida. La czarina tenía un odio furioso contra Federico, pero se sabía que sus desórdenes acertaban su vida. Ahora bien; el príncipe heredero no disimulaba su predileccion por el rey de Prusia. Grande era el compromiso de los ministros y de los generales; era preciso servir al sol poniente y captarse los favores del sol naciente. La cosa era difícil; tanto valdria querer conciliar las tinieblas y la luz. ¡Pero los cortesanos tienen tanta habilidad y una conciencia tan complaciente! Al parecer se conformaban con los ímpetus de Isabel; bajo cuerda hubo una conspiracion permanente en favor de Federico. ¿Podrá creerse que Pedro, hecho emperador, se vanaglorió de que siendo príncipe heredero había comunicado los planes de campaña de los Rusos al rey de Prusia tan pronto como eran acordados? Los ministros y los generales hacían otro tanto (1).

(1) HERMANN, *Geschichte des russischen Staates*, t. v, p. 132 y sig., 277, y *Documentos justificativos*, p. 225, 228.

¿No parece esto una comedia de enredo? Desgraciadamente la comedia tiene también su lado trágico. Los pueblos son las víctimas de las viles pasiones que reinan en las cortes. Hay que dejar á un lado á emperatrices, ministros y generales, y escrutar los designios de Dios para reconciliarse con la suerte de la miserable humanidad. La guerra de los Siete años estaba en la fuerza de las cosas; más pronto ó más tarde debía estallar. Era imposible que el Austria, tan tenaz en sus designios, abandonase á Federico la Silesia, una provincia que equivalía á un reino y cuya posesión iba á hacer de la Prusia una gran potencia. Por otra parte, un pueblo no se eleva al primer rango sin lucha, se necesita el bautismo de las batallas para consagrar esas grandes existencias que deciden del género humano. ¿Era digna la Prusia de este papel? No bastaba, para convertirse en reino, apoderarse en plena paz de la Silesia; no bastaba tampoco el defender su conquista contra la heredera de los Hapsburgos, cuando Federico tenía por aliados á la Francia y al imperio. Era preciso que en una lucha suprema el héroe prusiano hiciese sus pruebas y demostrase que la monarquía que acababa de crear con su espada había nacido viable, y que lo que la espada había fundado, la espada sabría conservarlo y defenderlo. La Europa entera entra en liza contra el príncipe que pretende una plaza en el consejo de los soberanos, como para probar si su poder está á la altura de su ambición. Pero si la coalición emplease todas las fuerzas de que dispone, la ruina del héroe prusiano sería inevitable. La Providencia vela para que haya á intervalos alguna tregua. Por una parte, la raza militar por excelencia se halla desmoralizada y entregada á generales ineptos que no saben conducirla á la victoria. Por otra, los generales rusos se contentan con combatir con un valor digno de su nación, pero no se aprovechan de sus victorias; divididos entre sí, son, al parecer, los soldados de la coalición; en realidad son los de Federico. Sin embargo, después de siete años de luchas gigantescas, el rey de Prusia está á punto de sucumbir; entonces un acontecimiento providencial, la muerte, viene en su auxilio: se lleva á Isabel y coloca sobre el trono de los czares á un admirador entusiasta del héroe prusiano. ¿No parece que Pedro es el instrumento de la Providencia? Apenas goza de su razón aquel desgraciado

príncipe, y obra con una generosidad caballeresca que avergüenza á los demás soberanos. Proclama, por una inspiración divina, que Federico ha luchado bastante, que merece el premio concedido al vencedor; la Prusia entra en el consejo de las grandes potencias.

La intervención de la Rusia en aquella lucha memorable presenta también otro interés. Es la primera vez que se mezcla activamente en los asuntos de Europa. El primer paso que dió era un paso de gigante, y asustó hasta á sus aliados. La alianza íntima que unía á los Borbones y á María Teresa debía relacionar á la Francia con la Rusia, aliada íntima también de la emperatriz-reina. Sin embargo, cuando el duque de Choiseul supo en 1760 que la zarina se había hecho ceder la Prusia por la corte de Viena, se asustó de aquella ambición invasora. Las instrucciones que dió al embajador de Francia en San Petersburgo son como el grito de alarma lanzado por Europa á la vista del coloso del Norte: «Un país casi tan extenso como los Estados Unidos de los más grandes príncipes de la Europa, y que no teniendo necesidad más que de un pequeño número de hombres para su seguridad particular, puede tener fuera de sus fronteras ejércitos formidables; un país cuyo comercio se extiende hasta la China; un país cuyo gobierno es absoluto y casi despótico, debe con razón parecer formidable á sus vecinos actuales y á los pueblos que lo serán á consecuencia de sus nuevas conquistas.» El duque de Choiseul cree que el poder de los Rusos se ha aumentado en una mitad desde la muerte de Pedro el Grande. Si hoy desempeña ya un papel tan principal en la escena del mundo, ¿qué será cuando haya hecho las nuevas adquisiciones que ambiciona? El ministro francés siente que la corte de Viena haya introducido los ejércitos rusos en Alemania: «¡Quién sabe, exclama, si ella ó sus sucesores se arrepentirán algún día de haber recurrido á semejantes auxiliares!» (1). El grito de alarma del duque de Choiseul era profético. En el siglo XIX, un ministro francés ha comparado la Europa y la Rusia con la Grecia amenazada por el poder macedonio y debilitada por sus divisiones. Creemos que se exagera el peligro. La Europa no

(1) FLASSAN, *Historia de la diplomacia* t. VI, p. 211-213.

está en decadencia como lo estaba la Grecia, cuando Demóstenes la llamaba en vano á las armas contra los Bárbaros del Norte. Pero la inquietud que inspira el poder de la Rusia no deja de ser saludable. Mantiene en guardia á las naciones contra la monarquía universal; las obliga á conservar sus fuerzas militares, que podrían inclinarse á abandonar en una edad preocupada demasiado exclusivamente por la industria y el comercio. Este es un gran bien, porque la virtud guerrera es la única garantía de la libertad de los pueblos; solamente cuando se perdiese se debería temer á los Bárbaros del Norte.

§ V.—La paz.

I.

La guerra de los Siete años fué una de las luchas más sangrientas de los tiempos modernos; pereció en ella, según los cálculos de Federico, cerca de un millon de hombres (1). Toda aquella sangre fué derramada inútilmente (2). Al final de la lucha, cada potencia se halló en el mismo punto en que había estado siempre. A juzgar por las apariencias, la guerra, no solamente no dió resultado alguno político, sino que acabó como había empezado, sin ton ni són. Lo que acabamos de decir de la Rusia se aplica también, más ó menos, á las demás potencias beligerantes. La Francia se había dejado arrastrar por el Austria á la más impolítica de las guerras; en ella experimentó desastres como no los había conocido desde las guerras de la Edad Media con Inglaterra. Se retiró aniquilada y empequeñecida. Los Ingleses se apoderaron de sus colonias de América y echaron los fundamentos de su imperio en las Indias. Ellos fueron los que recogieron los frutos de la victoria. Detengámonos un instante en el papel que desempeñaron en la guerra de los Siete años.

(1) 879.000. *Historia de la guerra de los Siete años*, capítulo último.

(2) DE GARDEN, *Historia de los tratados*, t. IV, p. 5.

La Inglaterra concedió su apoyo á Federico en nombre del equilibrio, pero, como de costumbre, el equilibrio del continente no era para ella más que un pretexto, ó, si se quiere, un instrumento de su grandeza. Más experta que su rival, empleó todas sus fuerzas en la guerra marítima y acabó por despojar á la Francia de sus más bellas colonias y por destruir su marina. En la guerra continental se limitó á pagar subsidios á la Prusia. El héroe prusiano se queja amargamente del egoísmo británico. Su testimonio merece ser atendido; no es una vana acusación: «Los Ingleses, dice Federico, esa nación afortunada y orgullosa, despreciaban á sus aliados; los miraban como mercenarios, unidos únicamente á las ventajas de su comercio. Todo lo que no se refería á este objeto, no les importaba. Así, pues, la guerra de Alemania y los intereses del rey no entraron jamás en la consideración del parlamento ni del pueblo, que desdeña todo lo que no es inglés» (1).

Durante el largo tiempo que Pitt estuvo en el poder, la Inglaterra fué fiel á sus compromisos; el gran ministro admiraba al gran rey. Pero cuando lord Bute, el favorito de Carlos III, subió al ministerio, la política inglesa cambió bruscamente. El nuevo ministro quería la paz, porque sus adversarios querían la guerra. Verdadero favorito, se proponía realzar el poder real. Pero comprendía tan poco la grandeza y la misión de la monarquía constitucional, que comenzó por cubrir á su señor de vergüenza, aconsejándole el abandonar á Federico II. Era en el momento mismo en que Federico se encontraba en el último trance. ¿Qué era de la solicitud de Inglaterra por el equilibrio del continente? Si Federico sucumbía, ¿no dominarían en Europa el Austria y la Francia? ¿No habían sostenido los Ingleses al heroico rey de Prusia, por conjurar este peligro? ¡Y ahora, abandonan su causa! Su verdadero objeto se había realizado: la Francia pedía la paz, consintiendo en abandonar sus colonias á su rival; su marina estaba destruida, su comercio arruinado. Después de esto, ¿qué importaba á Inglaterra la suerte del rey de Prusia? Hizo la paz

(1) FEDERICO II, *Historia de la guerra de los Siete años*, c. 19. (*Obras*, t. IV, p. 227.)